

# ***CRISTOLOGÍA INTEGRAL PARA UN MUNDO EN DESARROLLO***

*Pedro Arrupe sj*

*Sumario:* En el año 1970, el Prepósito General de la Compañía de Jesús, el P. Pedro Arrupe, visitó nuestra Facultad y ofreció la reflexión que ofrecemos a continuación. En el contexto de un mundo signado por profundos y rápidos cambios, y partiendo de una cristología integral, el P. Arrupe intenta ofrecer unas pistas de reflexión que ayuden al discernimiento del tiempo presente. La cristología, asumida de modo integrador, nos permite superar consideraciones dualistas, donde naturaleza y gracia, natural y sobrenatural, historia y fe, sean visibilizadas en alternativa. Por la encarnación del Verbo, lo humano asumido llega a la cumbre de su propia realización.

*Summary:* In 1970, the Superior General of the Society of Jesus, Rev. Fr. Pedro Arrupe visited our Faculty, and he offered a reflection which we are offering here. In the context of a world marked by deep and rapid changes, and setting off from an integral Christology, Fr. Arrupe intends to offer some clues of reflection that may help to discern the current times. The Christology, assumed on an integrating way, allows us to overcome the dualistic considerations, where nature and grace, natural and supernatural, history and faith, be perceived in an alternative way. Through the Word's incarnation, the human entity reaches to the summit of its own realization.

*Palabras clave:* cristología, discernimiento, hombre, encarnación.

*Key words:* Christology, discern, man, incarnation.

*Texto de la conferencia del P. Pedro Arrupe, Gran Canciller de la Facultad de Teología de Granada, pronunciada en esta Facultad el 14 de Mayo de 1970.*

## **1. Introducción**

Esta toma de contacto con vosotros, aunque rápida y fugaz, ha de ser para mí un incentivo para entender mejor vuestros problemas y para poder contribuir en lo que yo pueda, desde mi puesto, al desarrollo de esta Facultad, a la formación de tantos sacerdotes, religiosos y laicos, que el día de mañana van a trabajar por la Iglesia de Cristo, y que ahora pueden participar de lo que esta Facultad les puede dar, que es mucho, y espero que cada vez sea más.

Quisiera dar algunas ideas acerca de nuestro trabajo sacerdotal, exponiendo sencillamente algunos puntos de vista.

## 2. Imagen del sacerdote en una cristología integral

Para intuir la imagen del sacerdote actual, nos debemos fijar en la figura histórica de Jesús. Pero es también menester que desbordemos esa mirada y la perspectiva de una imitación personal de Jesús, para ver lo que es, según nuestra fe, la realidad integral de Jesucristo en el centro de todo el plan creador y salvador de Dios. Jesucristo, clave de la creación y de la historia de la comunidad humana. Al conocer internamente a Jesucristo, como diría S. Ignacio, para más amarle y seguirle, el hombre se identifica con su muerte redentora y con su resurrección. El sacerdote no sólo busca imitar a Jesucristo; busca también “cristificar” el mundo, contribuir, en la pequeña medida de sus fuerzas y de la gracia con la que Dios le llama, a la realización del plan de Dios que quiere recapitular todo en Cristo. Es desde aquí, desde esa teología cristocéntrica, desde donde mira al mundo, tratando de explicarse la crisis de desarrollo que hoy ve en él y por la que también se siente afectado. Desde aquí, entrevé lo que él puede aportar a la solución. Pero es además una teología de la historia, teología de un mundo en desarrollo, lo que se despliega así ante sus ojos; teología, no sólo del Logos creador, sino también del Logos encarnado revelador y del Logos encarnado redentor.

Hay que tener en cuenta todos los aspectos, para que la visión no sea unilateral. Vamos a tratar de evocar esa equilibrada visión del mundo en la fe, tratando después de la resurrección.

## 3. Teología del Logos encarnado

El fin último de todo es la gloria de Dios. Esta gloria se realiza en el hombre, a través del hombre. Se cita muchas veces: “Gloria Dei vivens homo”; como: “Vita hominis, visio Dei”. El “homo” es quien da realmente sentido al mundo. El mundo recibe del hombre su destino. La relación del mundo a Dios pasa toda a través del hombre. Esta elemental teología del Logos creador no queda de ningún modo anulada sino elevada, en la doctrina cristiana del Logos encarnado. Lo que ésta añade es que precisamente de este modo, en este sentido, Dios destina al hombre hacia sí, en Cristo, Hijo de Dios encarnado. Dios llama a cada hombre a ser también hijo suyo, hijo en el Hijo: La gracia de Cristo, cabeza de la humanidad entera, se nos da a participar a todos, a cada uno, en la medida del plan generoso de Dios. Esta gracia, que nos une a Dios como Cristo, nos hace su cuerpo místico, sus hermanos, hijos de Padre, poseedores del Espíritu; esa gracia es una realidad para la fe.

Toda nuestra visión de las cosas, de nuestras posibilidades y aspiraciones, deberá contar con ella. De lo contrario seremos tímidos, nos acobardaremos ante un mundo que, después de haberse sentido inmensamente grande y poderoso por el despliegue de la ciencia y la técnica, se siente hoy muchas veces impotente para realizar el amor y la justicia. El creyente cristiano se sabe inmensamente fuerte, por la gracia de Dios, que vive en él, capaz de seguir el inmenso ejemplo de amor que es la vida toda de Jesucristo. Y la gracia, lo sabemos por la fe, está llamada a culminar, tras la muerte y más allá de

todas las metas de la historia humana, en la visión de Dios en quien, por fin, aparecerá también lo que somos; en el amor, ya sin límites y sin egoísmos, en el que Él será “todo en todos”. Así nosotros realizaremos en Él la ciudad fraternal, el Cristo total, llegado a la madurez.

Quizá en tiempos pasados, miraba la teología estas realidades del mundo de la fe de un modo excesivamente individualista por una parte y de un modo dualista por otra, escindiendo excesivamente el mundo de la naturaleza y el de la gracia. Contra ambos excesos hemos reaccionado hoy, aunque habrá que cuidar de no incidir en el otro extremo, que sería la abolición naturalista de toda distinción, la reducción de la gracia a lo natural.

### *3.1. No al dualismo*

El principio teológico equilibrado estuvo siempre presente en la teología católica. La gracia no destruye la naturaleza, sino que la supone y la perfecciona. A su luz, vemos hoy claro que la elevación sobrenatural y la gracia no han de pensarse como realidades de tal manera extrínsecas al hombre que le resulten postizas. No hay que pensar la Historia de la Salvación como si fuera subsistente por sí, en absoluta independencia de la historia humana; como si los hechos de la historia humana fueran indiferentes, y la salvación siguiera otro camino simplemente individual e interno; como si sólo hubiera de aparecer al final, a la hora del juicio y de la sanción.

Frente a toda esa concepción, en la medida en que impregnaba la espiritualidad y las obras apostólicas, se han alzado hoy las justas protestas de quienes ven así desgarrada la unidad del plan de Dios, dividido el Dios Creador del Dios Salvador, empequeñecida finalmente la obra de la Salvación. El primado universal de Cristo, del que habla S. Pablo, les parece pedir otra visión de la historia.

Y es ciertamente esa teología, ya no dualista, esa Cristología integral, la que impregna y preside los desarrollos espléndidos de la Constitución “*Gaudium et Spes*” del Vaticano II, patente especialmente en las explícitas referencias a Jesucristo con las que van concluyendo las diversas partes. Tal teología, es muy importante para que el sacerdote entienda hoy a fondo su misión.

### *3.2. No al individualismo*

Será bueno además recoger algunos rasgos de la imagen del hombre que subyace a esta visión: porque la gloria de Dios, a alcanzar en Cristo y por la gracia de Cristo, incluye en su base el armónico desarrollo personal y comunitario del hombre; y el creyente cristiano, y el apóstol, deben hoy sentirse sus promotores.

Desarrollo personal: pues por su mundo interior y espiritual es, en efecto, como el hombre es superior al universo entero; a esta interioridad retorna cuando entra dentro de su corazón, donde Dios le aguarda, escrutador de corazones.

Desarrollo en el mundo: pues el hombre necesita de él para su propio perfeccionamiento, para el desarrollo de su poder creativo, y para el crecimiento indefinido de su libertad. Ayudar al hombre a aceptar y realizar su obligación de transformar el mundo es prepararlo a ir hacia Dios; es labor cristificadora de pre-evangelización.

Desarrollo también comunitario: pues el hombre es esencialmente social; y por ello, el desarrollo de la propia persona y el crecimiento de la propia sociedad se condicionan mutuamente. Desarrollo finalmente de las estructuras sociales, conforme a los postulados de la dignidad personal, de la justicia fundada sobre el reconocimiento de los derechos de todos los hombres, y de su fundamental igualdad.

Todo esto, insistimos, para quien tiene fe en Cristo y una justa teología de la Encarnación, no es un simple humanismo. Para la fe, el hombre no existe sino como teniendo su fin en Cristo; el mundo tampoco, sino como teniendo su fin en el hombre cristificado y, en último término, en Cristo. La transformación del hombre, por la acción humana, está realmente ordenada a llegar a ser participación y expresión de la gloria de Cristo. Más aún, es ya desde ahora, preparación y anticipación suyas. El progreso del hombre en la historia tiene para el creyente cristiano su definitiva dimensión en la plenitud de Cristo.

### *3.3. Progreso e historia de la salvación*

Esta teología, a la vez alentadora pero exigente, nos ilumina hoy a todos en la búsqueda de lo concreto de nuestra vocación sacerdotal. Es seguramente ella la que espolea a vosotros jóvenes, cuando queréis ver en la Iglesia una institución más desligada de las estructuras en las que se hace posible una injusticia tan generalizada. Querríais por el contrario verla más comprometida en acciones eficaces en la línea del progreso. ¿Quién negaría que hay un profundo latir cristiano, enteramente conforme al espíritu sacerdotal, en esa aspiración? Todos tenemos que revisar continuamente nuestra acción. A la impaciencia vuestra, jóvenes, sana en el fondo, importuna a veces en la forma, poco realista con frecuencia, hay que pedir que recuerde, no sólo que no se puede hacer todo rápidamente, ni se pueden hacer las cosas a la ligera, sino también que tenga siempre presentes estos principios teológicos, con los que la visión expuesta evitará el ser llevada a consecuencias contradictorias.

Primero: No se pueden identificar simplemente progreso e historia de la salvación, como si del primero se siguiera automáticamente la última. Tendríamos peligro de reducir la salvación a algo natural e inmanente, lo que, por otra parte, destruiría la mejor esperanza de la misma naturaleza, que apunta siempre más allá de sí. El progreso natural es básico y la salvación cristiana no puede desentenderse de él, ni promoverlo como simple instrumento, con tono apologético. Pero, al promoverlo, lo desborda.

Segundo: las realidades terrenas tienen su autonomía y deben desarrollarse conforme a sus leyes internas, sin ingerencias extrañas.

Tercero: por ambas razones combinadas, sigue siendo necesaria una distinción entre el servicio natural de la humanidad y de su progreso, que ya hemos dicho que es en sí mismo un servicio al plan de Dios en Cristo, y un servicio más específicamente sobrenatural, destinado a ayudar a los hombres a descubrir el sentido último de toda su acción, a cultivar en ellos la fe, la esperanza y la caridad cristianas, a realizar el sacramento que es la Iglesia en su vida comunitaria.

### *3.4. El sacerdote y el seglar*

Lo prevalente en la vocación del sacerdote, y en su servicio a los prójimos por amor a Cristo va en la línea del servicio sobrenatural. No debemos olvidarlo, llevados por las innegables urgencias actuales de otros más inmediatos. Nada excluimos, sino aquello que, en determinadas circunstancias, impide mayores bienes. Pero deberíamos más bien, si buscamos una verdadera y ordenada eficacia, aprender a distribuir las tareas y -muy importante en la época posconciliar- a promocionar a los seglares y dejarles la más directa promoción del desarrollo humano, reservándonos nosotros, conforme a lo específico de nuestra vocación, el animar cristianamente a estos seglares. Esto es lo que ellos más exigen de nosotros, y lo otro podría encubrir una nueva actividad paternalista o neo-clericalista.

Es verdad que existen muchas situaciones ambiguas en las que no es posible definir netamente las fronteras; es verdad que hay a veces que ejercer suplencias y que hay que hacer esfuerzos visibles de testimonio en que deshagamos prejuicios adversos. Pero quizás no es bueno estabilizar y perpetuar lo provisorio. Hoy debemos hacer continuas experiencias en busca de nuevos caminos. Sepamos también revisarlas siempre a la luz del ideal. Los numerosos sacerdotes y religiosos que deban emplear buena parte de sus energías en la promoción humana de sus prójimos sean alegremente conscientes de que ello es también necesario para la edificación del Cristo total.

### *3.5. Desarrollo integral del sacerdote*

Quizás es oportuno cerrar estas reflexiones sobre el sentido y valor cristiano del desarrollo humano en el marco de una cristología integral, de una teología del Logos encarnado, con una consideración del desarrollo integral del propio sacerdote.

Es tradición cristiana, la de la honrada búsqueda de una plena fructificación de las fuerzas y talentos naturales. Identificado afectivamente con Cristo y con la Humanidad que busca integrar en él, el sacerdote no verá su propio desarrollo como algo propio, con mirada egoísta que lo empequeñecería y mancharía; lo mira como patrimonio de Cristo y de la Iglesia, como algo sagrado que no le pertenece y no puede dejar baldío. Deseará poder rendir al máximo, como lo hizo el mismo Jesús; porque lo hace sin egoísmo, estará dispuesto a sacrificar determinados aspectos del propio desarrollo por el mayor desarrollo en sí y en los demás de otros valores superiores y no rehusará participar en la mutilación que hoy impone a tantos el subdesarrollo.

#### 4. Teología del Logos redentor

Con esto llegamos a un segundo aspecto de esta Cristología, que no podríamos de ningún modo olvidar sin traicionar el evangelio: La teología del Logos redentor, la teología de la Cruz. Si hubo en el pasado un defecto en subrayar unilateralmente este aspecto de la figura y de la función teológica de Jesucristo, sería igualmente defectuoso y nocivo incidir en el extremo contrario y olvidar que sólo por la muerte en la cruz llegó Jesús a la exaltación de la Resurrección que le mereció el nombre de Señor. Quienquiera que desee seguirle en la gloria, ha de seguirle en la humillación y en el dolor.

##### 4.1. *Drama del pecado*

Porque la humanidad a la que pertenecemos y en la que el Logos divino se encarnó, es una humanidad pecadora que habita en un mundo asediado por el mal. No cabe desconocer esto ni desolidarizarse de esta situación. Sólo aceptándola tal cual es, afrontando el mal, luchando contra el pecado, hasta la cruz y hasta la muerte, participamos de la redención, tanto para bien personal nuestro como para bien de toda la Humanidad. El mal es un aspecto innegable de nuestro mundo; y el hombre que puede y debe luchar siempre contra él, tratando de superarlo y convertirlo en bien de orden superior, lo agrava muchísimas veces, para sí y para sus semejantes, con el mismo egoísmo con que pretende evadirse de él.

Llamado al amor por lo mejor de su misma naturaleza, hecha por Dios a su imagen, llamado a una vocación superior de amor por la gracia y ejemplo de Cristo; el hombre congénitamente pequeño y cobarde, se retrae de esa llamada, se cierra sobre sí y, queriendo ganarse, se pierde. Ese es el drama del pecado, presente en la historia humana desde el principio. Desde su aparición sobre la tierra es el hombre pecador.

La tradición ascética cristiana no lo ha olvidado nunca y ha entendido que por ello el creyente ha de volverse siempre de nuevo a Dios por la sincera conversión, desde su situación de pecador. Ha de luchar, inspirado por la gracia, para hacer triunfar en sí y en los demás el bien sobre el mal, el amor sobre el egoísmo. Pero, sobre todo, ha de sentirse identificado con la muerte de Jesús, en la que Él se ofreció al Padre como expiación por el pecado del mundo, para renacer así, en Él, a la nueva vida.

No tenemos hoy ninguna razón para olvidar esto, sino todo lo contrario. ¿Hay menos egoísmo en nuestro mundo? ¿Está más libre del imperio del pecado? Lo que quizás hiere a algunos en la presentación del pecado y de la penitencia, y de la necesidad ascética de la mortificación y de la cruz es, tal vez en algunos, una unilateralidad que mutilaba el plan integral de Dios: la elevación de la humanidad por la encarnación y la resurrección de Cristo, la llamada al amor de caridad.

Aislados ciertos aspectos de esa presentación clásica y ciertos ejemplos ascéticos del pasado, pueden parecer a algunos además individualistas, como fruto de una obse-

sión por la salvación individual sin suficiente perspectiva hacia la realidad más plena de un Cristo total.

Estos defectos ya están hoy superados. Es menester recuperar, desde la nueva perspectiva más sana, más honda y más confortante toda la insuperable verdad de la cruz y su valor redentor, la necesidad de la lucha y de la mortificación para poner un coto eficaz al egoísmo y al pecado, la necesidad de la humildad profunda y de la conversión continua al Señor.

#### *4.2. Pecados sociales*

Hay un aspecto del pecado que se solía poner menos de relieve, pero cuya importancia vemos hoy mejor que nunca y cuya comprensión podrá ayudarnos a entender mejor el misterio de la cruz y la participación que hoy se nos pide en él. En el sentido más estricto, el pecado es el acto de la voluntad personal por el que, llamada al bien por la gracia, se cierra deliberadamente a esa llamada a impulsos del atractivo egoístico.

Pero este pecado del hombre tiende, por la inevitable proyección social de todo lo humano, a objetivarse, a constituir, junto con el pecado semejante de los demás, estructuras sociales que perpetuarán y tutelarán la actitud egoísta de los individuos y engendrarán situaciones durísimas para otros: en ellas difícilmente podrán los demás sustraerse a la tentación de pecar y llegará a hacerse muy difícil o, aun prácticamente imposible, la práctica del bien y el seguimiento de la voz de la conciencia.

¿No es, por desgracia, esa descripción adecuada a grandes aspectos o sectores de la realidad social del mundo? Los males del Tercer Mundo ¿no provienen de ahí? Los jóvenes lo sienten muchas veces muy agudamente. Por eso les parecen hipócritas las diatribas contra ciertos pecados individuales, que olvidan estos otros mayores pecados sociales. No tienen razón en lo que niegan, pero sí en lo que afirman. Es decir, en la existencia de ese otro mayor mal. Porque todo pecado debe ser denunciado y combatido por quien quiere participar en la vocación profética de Jesús. La Iglesia tiene que ser neta en su toma de posición frente a los graves pecados colectivos de hoy.

Es claro sin embargo, que al no tratarse de pecados personales concretos, el remedio es muy difícil y que no todo se arregla con la denuncia, ni siquiera con el ejemplo personal, ni con una acción concreta contraria. El misterio de iniquidad está en el mundo y no lo abandonará mañana ni pasado. Hay que contar con él, y entablar contra él una acción de largo alcance, paciente, bien dirigida. Una tal acción no deberá despreciar cuanto las ciencias y las técnicas modernas (aquí sobre todo las psicológicas, sociales, económicas y políticas) pueden aportar. Hay que saber contar con las taras psicológicas del hombre y remediarlas en la medida de lo posible. Hay que saber convencer a los hombres de que su felicidad no está en el egoísmo. Hay que saber, sin embargo, contar con esas frías leyes de la sociología y la economía que parten de un hombre egoísta, sin quedar por otra parte prisioneros de ese presupuesto, sino confiando en que hay en el

hombre mejores recursos de lo que hasta ahora ha mostrado. Hay que hacer un sabio esfuerzo, combinando la técnica realista y positivista con el necesario coraje renovador. Nada de esto se puede omitir. Pero sería grandemente ingenuo creer que todo eso va a arreglar pronto este mundo, o lo va a arreglar definitivamente.

#### *4.3. Actitud ante el mal*

El camino de la cruz de Cristo sigue entonces abriéndonos el otro camino: el de la participación en el dolor redentor. Todos lo encontraremos en nuestra vida, como Él lo encontró, a poco que seamos honrados en luchar como Él contra el egoísmo propio y ajeno, si es que no lo rehuimos cobardemente cuando llame a nuestras puertas. Es justo haber caído en la cuenta de que lo importante es la aceptación del mal que nos sale al encuentro, que nos hace participar solidariamente con nuestros hermanos en el dolor causado por la injusticia y el egoísmo. Si queremos estar dispuestos para esa participación, lo decisivo será la aceptación del mal que nos viene por ser fieles como Jesucristo a nuestra vocación, para sentirnos con Él y como Él solidarios del mal que sufre la humanidad.

Una predicación a ultranza de la resignación ante el mal, sobre todo ante aquél que causan los egoísmos humanos, sería con razón juzgada por los hombres de hoy como evasión y culpable complicidad. Contra la injusticia hay que luchar en nombre de Dios, del hombre hijo de Dios, de la solidaridad del Cristo total; pero hay también que continuar enseñando a los hombres que el mal puede transformarse en bien a través del amor, de la fidelidad, del sacrificio y aun de la muerte.

Jesús de Nazaret no fue un político, pero con su muerte en la cruz por fidelidad a su vocación profética, concentrando contra sí las fuerzas del pecado y del egoísmo humano, las venció más eficazmente que con ninguna acción política, a través de su amor y de su ejemplo.

No se excluye que el cristiano seglar tenga esa vocación política. Todo lo contrario. Pero el sacerdote, de ordinario, dejando al laico la acción más propiamente política, iluminará con la luz de la fe los principios de dicha acción, y, al mismo tiempo, en cuanto pueda, solidario con ellos.

Jesús, siendo Dios, no quiso presentarse como Dios, sino que se anonadó, haciéndose siervo, hecho un hombre como todos; se humilló hasta la muerte, y muerte de cruz; así pudo redimirnos, compartiendo con nosotros las estructuras del mal en que estábamos. El sacerdote sólo hará honor al nombre que ostenta cuando sepa renunciar a privilegios que no sean estrictamente necesarios a su misión y trabajo, y comparta la suerte de la mayoría de la Humanidad, a la que quiere salvar. En un mundo compuesto aun, en su mayoría, de pobres y oprimidos, hay aquí, aparte de todas las otras, una decisiva razón para ser pobre.

#### *4.4. Renovación de la humanidad*

La Humanidad creada, que se ha pervertido a sí misma, convirtiéndose en Humanidad inicua, donde unos hombres oprimen a los demás, impidiéndoles su desarrollo integral, es también Humanidad re-creada por Cristo. Esta re-creación de la Humanidad por Cristo constituye un elemento esencial de la situación histórica de la Humanidad. El sacerdote tiene como única razón de ser su incorporación a la tarea de recrear con Cristo a la Humanidad. Del grado de su participación profunda y existencial en el Espíritu de Cristo, renovador de la Humanidad, depende, más que de ningún otro factor, el éxito de su misión en la historia de la salvación del mundo. La identificación de los rasgos esenciales de la renovación cristiana, tal como aparecen en los Evangelios, se convierte así en condición a priori de la efectividad de su acción. Y el esfuerzo por lograr su asimilación a través del estudio, de la meditación y de la iluminación divina es la necesidad existencial de su ser en cuanto sacerdote.

#### *4.5. Ejemplo de Jesús: denuncia de la sociedad*

Cristo apareció históricamente para enseñar al hombre, miembro de una sociedad dada, donde la iniquidad humana iba unida a la elección de lo que es el hombre renovado. Consiguientemente, su enseñanza y su acción se mueven en el marco de una sociedad histórica dada, pero en ella se nos revela lo que el hombre renovado debe ser. Nos conviene, por lo tanto, recordar algunos rasgos evidentes de aquella sociedad, en cuanto provocaron la acción de Cristo.

Características de la sociedad en que Cristo se encarnó y que sirvieron de referencias vivenciales (*Sitz im Leben*) de su acción fueron:

- el menosprecio en que aquella sociedad, como tantas otras, tenía, cultural y estructuralmente, al pobre, al enemigo y al extranjero.
- la opresión y la alienación religiosa creada por una serie vastísima de preceptos ceremoniales y, disciplinares, que servían obviamente a los intereses de los que dominaban y que mataban el sentido humanista, creador, libre de la creación.
- la perversión práctica del sentido de la actividad humana, como consecuencia de su orientación prácticamente exclusiva al logro de riquezas y de la preeminencia social.

La acción de Cristo fue la denuncia. La acción de Cristo en esa sociedad aparece, en los Evangelios, como denuncia perfectamente clara e insobornable de aquel orden social. En efecto:

- frente al desprecio al pobre y al enemigo, Cristo predicó el valor de sus personas, y con manifiesta y asombrosa insistencia, antepuso la pobreza y la persecución a la riqueza y al ejercicio del poder. Esta denuncia del desprecio interno y social hacia los

pobres y enemigos la fundamentó Cristo en la paternidad universal de Dios sobre todos los hombres, definitivamente sellada con la Encarnación.

- Cristo clamó, sin temor a las consecuencias que habrían de ser fatales para El, por la liberación de la alienación religiosa ceremonial, llegando a condicionar claramente la legitimidad del culto; al respeto y al aprecio de los hombres, imágenes del Dios a quien se quiere dar culto. Cristo recalcó así el carácter provisional, no absoluto, de toda institución humana, tanto de la civil, como de las manifestaciones de organización religiosa, juzgándolas por su respeto al hombre, obra de Dios, No es posible identificar ninguna institución humana con Dios mismo.

- Cristo condenó la perversión económica del sentido de la acción humana y de su orientación total al poder, insistiendo en la necesidad de buscar a Dios y su justicia. Aquí está la garantía de toda acción humana que no quiera apartar al resto de los hombres de su libertad creadora.

La acción denunciadora de Cristo frente a la sociedad de su tiempo, que presenta tantas analogías con las del nuestro, aparece así como una clara condena de todo aquello que permita la opresión del hombre y de todo compromiso social que niegue a Dios. Precisamente porque Dios es creador y renovador de una humanidad libre, no puede existir legítimamente religión alguna que ayude a esclavizar al hombre por el hombre, ni humanismo alguno que olvide a Dios.

#### *4.6. Ejemplo de Jesús: exigencia de servicio*

La acción de Cristo fue además un mensaje de servicio positivo. La acción tan renovadora de Cristo no fue solamente contestaria de la sociedad. Cristo ofreció al mundo un mensaje que es servicio positivo de la Humanidad y que supone, una genuina conversión religiosa hacia el hombre. En efecto, Cristo acentuó:

- 1º: la necesidad de ayudar eficazmente a todos los hombres que necesitan de nosotros, haciendo de ese servicio la norma misma del juicio definitivo de Dios sobre el hombre e identificándose a sí mismo con el hombre en necesidad.

- 2º: la solaridad de los cristianos en su apoyo y respeto mutuo, de forma que su unión sea signo visible de la unidad del Padre y del Hijo, y condición para que, movidos por el Espíritu que habita en nosotros, podamos llamar Padre a Dios.

- 3º: la libertad de cada hombre para realizarse a sí mismo, aun religiosamente, defendiendo el derecho de justos e injustos, a coexistir, porque sobre ambos deja caer Dios los bienes de la creación.

- 4º: este servicio de Cristo, orientador de la humanidad renovada, se caracteriza finalmente, por ser una llamada a la conciencia y no un poder social que quiere

imponer su enseñanza. La originalidad del mensaje cristiano no consiste directamente en la afirmación de un cambio de estructuras, sino en la insistencia en la conversión del hombre, que exige luego este cambio.

#### *4.7. Sinceridad cristiana*

La eficacia del mensaje renovador del cristianismo es una función de nuestras convicciones. Íntimamente unida con este énfasis en la conversión religiosa hacia el hombre, y consiguientemente con la reserva frente al uso del poder social, está como nota típica del estilo cristiano, la sinceridad. (“Sí; sí; no, no”) del mensaje de la vida de Cristo. Podemos hablar de una aversión de Cristo a prácticas engañosas, tácticas para conseguir la renovación de la humanidad. Esta se logrará por la fuerza de lo que es el hombre renovado, ser libre y creador por creación divina. La conciencia de esta realidad, ella sola, será la fuerza generadora de un mundo renovado por Cristo.

De un convencimiento profundo de las características de esta acción de Cristo a la que hemos sido incorporados, dependerá la eficacia en el momento histórico por el que pasa la humanidad. Por esta razón, sería intolerable nuestra ausencia en la acción apostólica que se encamina a la renovación del hombre entero, y de todos los hombres en Dios.

#### *4.8. Pluralismo y discernimiento*

Sin embargo, la incorporación del sacerdote a la acción re-creadora de Cristo, su denuncia de valores y de instituciones sociales que apartan al hombre de sí mismo y su servicio orientador de la Humanidad no es garantía de que su actuación concreta en esta situación del mundo sea siempre acertada. Tenemos que reconocer, sincera y humildemente, el riesgo de error en el cumplimiento de esta tarea. La siempre presente posibilidad de equivocarnos y la finalidad misma de nuestro servicio a los hombres, su orientación positiva hacia Dios en un cristianismo coherente con el plan divino, deben movernos a someter nuestra acción a un proceso de discernimiento espiritual, testimonio de nuestra responsabilidad frente a Dios y frente a los hombres con quienes trabajamos. La necesidad de este discernimiento de espíritus es manifiesta para quien conoce la variación continua que ofrecen a lo largo del tiempo la realidad social y las interpretaciones de esta realidad. Más aún, cuando, como sucede hoy, estas interpretaciones están fuertemente coloreadas por la visión simplificadora de grupos de intereses encontrados.

Nada de extraño, pues, que muchos sacerdotes y religiosos en su interpretación de la realidad social y en su acción apostólica renovadora, puedan llegar a conclusiones que difieran de nosotros.

Esta divergencia de opiniones es prácticamente necesaria. Tanto el grado de nuestra experiencia y de nuestro conocimiento de la sociedad, como el de nuestro compromiso con ella es, con frecuencia, distinto en los diversos individuos y en los diversos

grupos; ni conviene que tal divergencia desaparezca del todo, pues por ella puede lograrse una visión más adecuada de la sociedad y de su conexión con la Iglesia. Sin embargo, el hecho mismo de que se den opiniones, a veces tan diametralmente opuestas, debe excitar en todos nosotros el deseo de analizarlas, seriamente, a la luz del Espíritu renovador de la tierra. Tanto a nivel de individuo como a nivel de comunidad, tenemos que estar ansiosos de probar el espíritu que anima nuestra acción y desconfiar de posiciones tomadas repentinamente y sin seria consideración.

Condición previa a todo proceso de discernimiento de espíritus, es el desprendimiento afectivo y en lo posible efectivo de nuestras reales ataduras a la riqueza, al prestigio frente a la moda intelectual, a las opiniones de personalidades relevantes, a nuestras pasiones de simpatía y repulsión. Para poder adentrarnos en el espíritu personal y comunitario de nuestras opiniones, tenemos que emprender, como primer paso, esta lucha sincera y dolorosa por despojarnos de todos los intereses que no sean los de Cristo, renovador del hombre, y por lograr la verdadera pobreza interior.